

A. Torres Rioseco.

ROMANCES

ROMANCE DE GUILLERMO BECKER

*Solo va Guillermo Becker,
solo va, sin compañía,
la barba que era de oro
ya de carbón la tenía;
las manos que eran muy blancas
lánguidas son y amarillas,
hay en todo su semblante
una gran melancolía.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
Sólo lucen sus espuelas,
blancas son, de plata fina,
caballero a la jineta
en una yegua tordilla;
cubre sus hombros cansados
una manta de Castilla,
y lleva en vez de zapatos
una bota bien curtida.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
Sobre la montura lleva
terciada la carabina;
con unos anteojos negros
van cubiertas sus pupilas;
se le levantan los brazos*

y le tiemblan las rodillas,
puede verse que no es
experto en caballerías.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
En un recodo la yegua
de repente se encabrita,
se le afilan las orejas
como si fueran espinas,
y da un relincho que quiere
hacer la montaña trizas.
Guillermo Becquer se pone
como si fuera de tiza.
Dos carabineros salen
del amparo de una encina,
en las sus manos morenas
aprietan las carabinas;
se adelantan al viajero
y dicen como sin prisa:
«Dése preso, don Guillermo,
dése, dése a la justicia;
de Santiago esa ciudad
nos han llegado noticias
de que Ud. andaba buscando
el paso de la Argentina.»
Aquí habló Guillermo Becker,
bien oiréis lo que decía:
«Dejadme pasar, amigos,
que voy muerto de fatiga,
os daré cinco mil pesos,
la yegua y la carabina,
que si no os haré pagar
bien cara vuestra osadía».
Aquí habló un carabinero
palabras bien advertidas:
«Mejor que ofrezca a su madre
la plata y la carabina,

que a nosotros no nos compra
gringo de capa caída,
ni queremos otra paga
que la que nos es debida.
Conque levante los brazos
y eche en agua la perilla,
gringo de malas entrañas
sin Dios ni Santa María.»
Diciendo esto, los dos sacan
al alemán de la silla,
le esposan las dos muñecas
y las dos piernas le engrillan,
le quitan una pistola
y una afilada cuchilla;
del miedo que tiene el gringo
se le doblan las rodillas,
le tiemblan las barbas negras,
parece que fuera ardilla.
Daba gritos el malvado
como mujer mal parida,
de tantas veces que diera
se queda como sin vida;
le cogen los dos soldados,
sobre la yegua lo cimbran
y a pasos lentos y graves
se aleja la comitiva.
En los piñoneros andan
maliciosas las sonrisas,
el aire delgado canta
con una voz de corista,
el sol redondo y poniente
tiene apariencia de ficha,
arden brasas en las bocas
frías de las carabinas.
Ya llegan a la ciudad,
ya llegan a esa villa,
salen mujeres a verlos,

*copitos de maravilla,
salen chiquillos sarnosos
y perros que es una envidia,
a paso largo descienden
hacia la comisaría.
En duro cuarto le meten,
en fría cama le tiran;
toda la cárcel parece
floresta de carabinas.
Al otro día llegaron
órdenes bien expeditas
que a Santiago le llevaran
bajo pena de la vida.*

ROMANCE DEL HUASO RAIMUNDO

*Triste va el huaso Raimundo
entre diez carabineros;
olor de sangre que deja
salen a olfatear los perros.
La zarzamora florida
de la orilla del sendero
se enciende de vez en cuando
con unos ojos morenos.
¿Dónde vas huaso Raimundo
desarmado y sin sombrero?
Los pantalones que llevas
rotos están en el medio.
Los zapatos que tú calzas
dejan tu pata en el suelo,
huaso que así se conduce
no merece ser chileno.
El sol lame largamente
las costillas de los cerros;
sopla una brisa caldeada
que desbarata los nervios.
El sudor de los caballos*

hace brillar los aperos,
estremecimientos corren
por los flancos y los frenos.
«Ay, morenita de mi alma
que me cogieron durmiendo,
mi corvo estaba en la faja
y la pistola en su cuero,
yo soñaba con mi vieja
que se me estaba muriendo,
llegaron estos cabrones
y allí mismo me cogieron.
Que si no yo ahora andaría
libre por estos potreros
y a las hembras como tú
les daría lo que es bueno.
En cambio voy a Santiago
amarrado como un perro,
dispuesto voy a escuchar
las palabras del Prefecto.»
Los sables de los soldados
andan haciendo arabescos,
las moscas pasan zumbando
como flechas en el viento,
las pupilas del bandido
arden en extraño fuego,
reguero de sangre cubre
cerco de carabineros.
En una vertiente de agua
se han detenido un momento,
no puede beber el huaso
porque no tiene sombrero,
pide la gorra a un soldado
que se le acerca indiscreto;
ya la china le ha cortado
las amarras de los dedos;
con movimiento de gato
agarra al carabinero,

le quita la carabina
y se echa de boca al suelo,
en un santiamén despacha
tres soldados y un sargento,
los otros cinco que quedan
toman las de Villadiego.
Ahora hablará Raimundo
voz de rotito chileno:
«Ya se fueron los cabrones,
ya se fueron, ya se fueron,
por los calzones que llevan
no diera yo cuatro pesos,
en cuanto al pueblo se acercuen
llamarán al lavandero...».
Esto diciendo Raimundo
vuelca a la china en el suelo:
las fazañas que allí hizo
no puedo decir en verso.
Se escuchan en lejanía
los ladridos de los perros,
olores desagradables
llegan, densos, en el viento.
En un lado del camino
se queja un carabinero,
tiene un agujero negro
florecido en el pescuezo;
otro con la lengua afuera
se ha quedado patitieso,
una mosca verde juega
con los hilos de su pelo;
y casi de pie en la cerca
el cadáver del sargento,
una baba amarillenta
le mancha el azul del pecho.
Desde los pantanos llegan
zumbando extraños insectos
y en el cielo vuelan jotes

*haciendo cómicos ceros.
Y mientras desciende el polvo
por la paz de los senderos
cumple Raimundo labores
de buen rotito chileno.*

Berkeley, California, 1931.